GANIVET EN UN MOMENTO INICIAL DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Américo Castro

(Texto recuperado y preparado para esta impresión por Francisco A. Marcos Marín, University of Texas at San Antonio, con la colaboración en Buenos Aires de Verónica Zumárraga y la autorización de Estela Araujo.)

Año 11	Buenos Aires, Noviembre de 1923	N.º 20

BOLETÍN DEL CÍRCULO ANDALUZ
PUBLICACIÓN MENSUAL

Dirección y Administración: Bmé MITRE 1254 U.T. 2708 Libertad	Toda la correspondencia al Secretario del Círculo	Se distribuye gratuitamente y se envía por correo a las personas que lo soliciten

El profesor Américo Castro en el Círculo Andaluz
Una brillante conferencia del gran filólogo andaluz sobre Angel Ganivet

El viernes 19 del p[róximo] p[asa]do mes, llevóse a cabo la anunciada conferencia con que el profesor Don Américo Castro, ilustre maestro de maestros, honró al Círculo Andaluz.

El profesor Américo Castro, hombre agobiado por sus estudios y por sus compromisos contraídos en España ante la Cultural y la Facultad de Filosofía y Letras, de la que es director del recientemente creado Instituto de Filología, es un hombre representativo de la joven España, ávida de saber y ávida de enseñar.

Nunca será bastante elogiada la obra que ha echado sobre sus hombros la Cultural española, cuya presidencia tan digna y acertadamente ejerce el eminente médico Don

Avelino Gutiérrez, una de las figuras más destacadas de la colectividad española en América del Sur.

Todos los hombres a cuya gestión se debe su paso por las universidades argentina, ni uno solo ha defraudado las esperanzas de los amantes de la cultura y del saber y tal acierto hace acreedora a tan meritoria sociedad a la gratitud de la Argentina como asimismo a la de la colectividad española.

El profesor Castro no nos había ofrecido una conferencia precisamente, más bien prefirió y ello fué un acierto, hablarnos un rato de aquel escritor paisano suyo, malogrado en temprana edad, que se llamó Ángel Ganivet.

Una enorme concurrencia llenó nuestro salón de actos ante la perspectiva de oír hablar a tal maestro de la palabra, abriendo el acto nuestro presidente, el señor Salvador Moreno, quien dijo lo que sigue del admirado paisano:

"Señoras, señores:

Significa para mí un alto honor tener que abrir este acto, en el cual va a ocupar esta nuestra modesta tribuna el doctor Américo Castro. Puede ser que alguien juzgue pueril, el que yo y nuestros asociados, sintamos una grande y profunda satisfacción por el hecho de que el doctor Castro es andaluz, basándose de que la ciencia y las artes no tienen patria. Para nosotros el hecho tiene importancia; la visita a la Argentina del doctor Castro es una rectificación de la versión tan antojadiza como difundida, de la indolencia con que se pretende caracterizar a los andaluces. Llamado por las Universidades de Buenos Aires y La Plata, en su breve estada ha dado un constante mentís a esos prejuicios, pues viene desarrollando una acción plausible e inteligentísima y una actividad asombrosa.

Al ir a visitarlo lo hemos visto agobiado por el trabajo; le pedimos visitara nuestra casa, solicitándole nos diera una conferencia. El, muy amablemente, nos atendió, haciéndonos presente que, dado [*sic]* sus muchas ocupaciones y el deseo de venir a hablar con nosotros sin reticencias, de cosas íntimas, quería no se le diese a su visita proyecciones de conferencia, conviniendo versara su disertación sobre Angel Ganivet, escritor andaluz prematuramente desaparecido, a quien se le tiene un poco olvidado y del que nosotros tenemos un especial interés en difundir

su obra. Sobre este tema hablará el doctor Castro esta noche, sin lineamiento riguroso de conferencia, puesto que él no ha querido darle ese carácter, a nosotros nos ha de satisfacer más, por lo espontánea, una conversación en el sentido que el orador la ha planeado.

Llamo la atención, especialmente de los andaluces, sobre el autor que, injustamente olvidado, el orador ha de actualizar. No es porque se ignoren los escritores en nuestro país ni en la República Argentina, los autores andaluces son leídos constantemente: Ricardo León, Bécquer, los hermanos Quintero y a [*sic]* otros muchos, en diversas materias.

Pero a pesar de no ser antiguo el escritor Ganivet, por muchos es ignorado; dejamos a palabra al doctor Américo Castro, que él con su autoridad e inteligencia logrará despertar vuestro interés, para cuyo propósito solicito vuestra atención".

Al terminar el señor S. Moreno, que fué muy aplaudido, el profesor Américo Castro ocupó la tribuna, recibiendo un nutridísimo y prolongado aplauso a guisa de cordial saludo de la numerosísima concurrencia que en ese momento ya llenaba el local de nuestro salón de actos, ocupado totalmente al punto de permanecer de pie mucha concurrencia.

Acallada tan elocuente manifestación de aprecio al andaluz eminente que iba a dirigirnos la palabra, el doctor Américo Castro comenzó su discurso, del que publicamos la versión taquigráfica, la cual queremos hacer la salvedad de que no ha sido revisada por el profesor Castro.

"Queridos paisanos:

Realmente yo no estoy para conferencias; vosotros merecéis si yo hubiese venido en plan de conferencia, que hubiese hecho un esfuerzo, realmente el mayor de que hubiese sido capaz, porque, dónde mejor podía uno dar sus esfuerzos, lo poco bueno que puede hacer, que en el círculo de los íntimos, donde se evoca todo eso que es añoranza, que es el fondo del alma en todos nosotros, en que se forma nuestra esperanza en armonía con el pasado y con la tradición local; pero, realmente, me encuentro muy cansado y teniendo que hacer más de lo que podía, y, sólo como invitación familiar yo acepté el honor que significaba para mí el venir a esta casa. Por consiguiente, lo que voy a decir es

algo muy sencillo, algo muy íntimo, que no aspira a remontarse en un plano profundamente literario.

¡Angel Ganivet, es Ganivet! Su nombre hoy, como justamente dice el Presidente de esta casa, está rodeado de un poco de indiferencia y un mucho de olvido; le toca a Ganivet la triste suerte que ha cabido a muchos precursores. Ganivet, sin embargo, se encuentra unido a un momento inicial de la historia de España, momento que cada vez aumenta en importancia, como podemos comprenderlo cuando tomamos la lejanía necesaria para apreciar sus consecuencias. Su figura, quizás muchos de vosotros la recordéis, brazos y piernas desproporcionados, cuerpo corto con poco garbo, desaliñado, enemigo de la convención social; poco conversador, llano, rodeado de un cierto nimbo de extravagancia misteriosa, que hizo que muchos granadinos consideraran a Ganivet (granadinos vulgares, sin duda), como uno de tantos que se descarrían, como pervertido un poco por el extranjero, o por las mismas costumbres del siglo. Este hombre hirsuto y selvático, nacido en aquella maravillosa Cuesta de los Molinos, que quizás muchos de vosotros estaréis viendo desde aquí, este hombre humilde comienza sus estudios muy tarde; se gradúa de bachiller casi a los 20 años; se hace abogado cerca de los 25; estudia filosofía y letras en la Universidad de Granada (lo poco que en ella podía aprender); con una infatigable labor gana una plaza de archivero bibliotecario; quiso también hacer oposición a una cátedra de griego, y fue vencido por alguien que sabía más griego que él; y este enervado autodidacta, todo lleno de talento, poseído de esos gérmenes románticos que tanto se dan en la psicología del español, y especialmente en la del andaluz, cae violentamente en el centro de Europa, y se encuentra en Bélgica, en un pueblo lejano, en un país extraño; deja ver sus peregrinas costumbres en Finlandia, y después va a Riga y en Riga se suicida. Se suicida echándose por un balcón, sobre el río helado, rompiendo con su cuerpo los témpanos de hielo.

La muerte de Ganivet, suicidio muy raro y extravagante, acabó por darle, sobre todo para los espíritus burgueses y vulgares, una aureola algo demoníaca, algo mefistofélica. “He ahí el fin que tienen las malas cabezas”, he oído

decir de niño a muchas gentes en Granada. Se decía que la causa de este suicidio fueron amores complicados, más que contrariados; ¡quién sabe! Quizás hay cartas que encierran el misterio de la muerte de Ganivet; pero todavía no han sido dadas a luz; este hombre, pues, cae en el centro de Europa; recorre Francia, Bélgica, Alemania, Finlandia, los países más progresivos de entonces; ingiere, más que asimila, la cultura europea. Los granadinos, sobre todo el pequeño grupo de sus amigos, esas gentes que se reunían en la fuente del Avellano, en la calle Sacramento, a meditar, a oír a Ganivet decir cosas interesantes, lo convirtieron en un ídolo. "Sabía varias lenguas; sabía el griego, el alemán; sabía tal o cual cosa". No, Ganivet sabía mucho menos de lo que se decía; y, precisamente uno de los ministerios de los que venimos a cumplir con calma el estudio del espíritu nacional, es el de poner las cosas en su punto; de Ganivet no se necesita hacer un ser de leyenda; tiene para nosotros un valor real. Lo interesante es que Ganivet se entera de lo que es España, fuera de ella. No supo lo que era España, hasta que pasó las fronteras y se halló en las soledades de Amberes; este hombre, que vivía en un mundo extraño para los demás, reflexiona sobre el problema de España, ese terrible problema que obsesiona a las gentes más selectas de nuestra patria, y que por desidia, sabe Dios cuántos años aún va a preocuparnos. España atravesaba la situación que todos conocen; era el momento de la guerra colonial de 1898, cuyas consecuencias quizás felizmente Ganivet no pudo conocer; era un momento de honda sacudida en el alma de España; hasta entonces el país había vivido en el letargo, por no decir en la inconsciencia, jurando todavía por la bravura de la infantería, que se cubrió de laureles en San Quintín; pensaban en la eficacia de la escuadra española, y en todas esas cosas que se llaman gloria nacional.

Este es el espíritu que reflejaban hombres que han ocupado altos puestos, y con los cuales se discutía públicamente sobre los problemas que preocupaban al país.

Después de 1890, empezaron a decir que no estaban conformes; que aquello no iba bien, que no, que no, que no, y eran Joaquín Costa, Unamuno, Macías Picavea, pero, entre los primeros, entre los más enérgicos, entre los que

con más corazón y más fuerza sentían el problema, Angel Ganivet. Después de 1890, en sus cartas en "El Defensor de Granada", cartas que versaban sobre Granada la Bella, y que después era correspondencia de Finlandia, modelo de observación en un país extraño, en la cual seguramente los finlandeses encontrarían observaciones inteligentes, notas justas que les harían ver muchas particularidades de su espíritu que tal vez ellos espontáneamente no verían; eran las "Cartas Finlandesas". Y en este libro podemos ver la preocupación de Ganivet por el problema español. Tal vez Ganivet no vio claro; Ganivet se atracó y no tuvo tiempo de digerir aquella vianda de cultura europea, tan fuerte como el más sazonado guiso de nuestra cocina popular; no tuvo tiempo de asimilar aquella tremenda ingestión de Tolstoi, Schopenhauer; de hombres que figuran en parte en su libro interesantísimo titulado "Hombres del Norte". Pero si nosotros hacemos hoy alguna objeción a la forma en que Ganivet veía España, es evidente que en aquel momento no se podía ver de otra manera. Ganivet se encuentra con que el país está mal; Ganivet es un hombre que se educa en Granada, que ve lo que es la Universidad de Granada, que comprende la porquería del término medio de las provincias españolas; por otra parte se le presenta esa interrogación angustiosa que se presenta a todo patriota; de que aquello está mal; ¡qué [*sic]* está mal!; y sin embargo, a pesar de que está mal, nosotros no podemos formular el mismo juicio sobre España, sobre nuestras provincias, sobre nuestras regiones, diciendo que es igual a alguno de esos pequeños países como Turquía y otros, sin prestigio alguno. Entonces a Ganivet se le aparece por primera vez el problema con toda su trágica magnitud. ¿Cómo un país tan maravilloso, que ha hecho tantas cosas grandes y sigue haciendo tantas aún; cómo puede tener estas horrendas cualidades, estos terribles defectos? (Aplausos).

Bien, se dá esa dualidad, y entonces se dibujan en el pensamiento español esas dos corrientes que yo quería presentarles; la de Joaquín Costa: europeización, europeización, europeización por encima de todo; otra, la que representa Unamuno, que es en cierto modo un alumno de Ganivet; todos los que creemos que Unamuno es un inno-

vador, nos equivocamos; Unamuno es solamente un continuador de Ganivet: "No; lo que pasa es que España se ha apartado de su verdadera trayectoria; de tener un arte formado y una literatura propia, con Lope de Vega, Calderón y tantos otros, otra sería la suerte de España". Ganivet tuvo buen cuidado de definir y explicar bien estas cosas, a las cuales tan pocos le dedican su atención. Y aquí puedo citar lo que sucede con Norte América respecto a los países sudamericanos; cuando en cualquier parte de Europa se habla de los americanos, se sobreentiende que se trata de los norteamericanos; porque creen que Norte América es la que representa toda la América, porque posee una cultura que es como la cultura media europea; pero en cambio el yankee no tiene personalidad; sigue sin trayectoria y sin solución de continuidad esa cultura media europea.

Lo que quieren ellos para España entonces, es labrar una vida personal, una cultura personal, una independencia, y por eso tienen que luchar con el medio; y aquí leeré un pasaje cualquiera, de los característicos en Ganivet:

"Para entretener mis ocios estoy escribiendo un libro que trata de algo parecido a esto de que ahora hablo: de la constitución ideal de la raza española. Al componerlo podría haber empleado el sistema moderno: me hubiera dirigido a todos y cada uno de los españoles; les hubiera tomado las medidas; los hubiera clasificado, como se clasifican [*sic]* a los criminales según Bertillón, y hubiera deducido el tipo medio de nuestra raza. Algo me hubiera facilitado el trabajo dirigir una circular a todos los sastres y sombrereros de España, pidiéndoles las medidas de sus clientes. Después hubiera compuesto un formidable volumen, que nadie hubiera leído, pero, que, como justa compensación, quizás fuera traducido a una o varias lenguas, y me abriera las puertas de alguna Academia. Yo renuncio tanto honor y empleo los viejos recursos; viajo por todas partes, y pongo en ejercicio a la buena de Dios mis cinco sentidos. Ver, oir [*sic]*, oler, gustar y aun palpar, esto es, vivir, es mi exclusivo procedimiento; después estas sensaciones se arreglan entre sí ellas solas, y de ellas salen las ideas; luego con esas ideas compongo un libro pequeño que, sin gran molestia, pueden leer una docena de amigos; y de ahí no pasa la cosa. En buena hora que se estudie y

se enseñe cuanto las necesidades vayan exigiendo. Necesitamos maquinistas, electricistas, obreros mecánicos; créense escuelas, y tengamos todos aquellos órganos útiles para la vida colectiva; pero que el organismo principal, con su viejo carácter, quede en pie; que la introducción de una cosa nueva no lleve consigo la destrucción de una vieja. No hay que destruir nada; lo que no sirve ya, se cae sin que lo empujen".

Es decir, Ganivet concibe la ciencia de la ideología, como un desarrollo de lo espontáneo, de lo natural, de lo elemental en la vida de los hombres y en la vida de los pueblos; y ya veis a donde va a parar la cosa; nosotros no tenemos tal vez un sistema de administración pública perfecto. No estamos en condiciones de ejercer el protectorado en Africa; ya veréis lo que dice Ganivet sobre el Norte de Africa. Es evidente que el español está lleno de cualidades maravillosas. Es enérgico, tiene espíritu individual, tiene un conjunto de condiciones que durante la Historia le han dado fama de honorable, valiente, emprendedor, en todas partes de Europa, e hicieron que la lengua española diera la vuelta al mundo. Pero, ¿no sería más recomendable, dice, que envainárамos de una vez para siempre las espadas, y al mismo tiempo, ahondando, ahondando, no dice exactamente cómo, pero piensa uno, de un modo a la vez romántico y místico, labrar un país que no sería como los restantes europeos, que representaría algo fuerte, original, y tan digno de respeto como cualquier otra forma de civilización?

Y aquí viene lo interesante para mí; Ganivet llenaba de admiración cuando en Granada era el único escritor que decía que no olía a casero, y miraba a todo con ojos críticos; pero, lo interesante es observar cómo interpreta la cultura europea; se le aparece la península con sus perspectivas amables para el futuro; se le aparece casi todo ya modelado, y especula. Y precisamente por el contraste que presenta España con los países por donde anduvo, es que va a sacar esas enseñanzas para proyectarlas sobre España y justificar las ideas que tiene sobre ella.

Y ocurre con Ganivet algo sumamente típico de nuestro pueblo; él es español, de tal manera español, que busca en los demás lo que hay de bueno para después aplicarlo a lo

suyo. Porque ocurre con el español que va al extranjero, que no va ingenuamente, sino que va a exportar, a inducir estas o las otras cosas. No nos parecemos a otros países, no nos parecemos al Japón, por ejemplo; porque, tomemos a las figuras más excelsas, no al comerciante que va a sus negocios y no se fija en otras cosas; tomemos a aquellas personas, las más instruidas, las de mejor condición, las de máxima inteligencia, que van sistemáticamente a infiltrarse con los problemas de la cultura, y salen en una época realmente tenebrosa, en 1840; salen a Europa para llevar a cabo una empresa realmente fantástica para muchos, que ha tenido consecuencias enormes para el pensamiento español del siglo XIX, entre estos Don Julián Sanz del Río, del cual se han dicho muchas ligerezas, y no pocas por Don Marcelino Menéndez y Pelayo; Don Julián del Río, hombre de inmenso valer, de inteligencia honda, se va por Europa, se va a Alemania, pero no se fija en la filosofía media y en los progresos que en cuanto a ella se realizaban en el siglo XIX, sino que se va a buscar al filósofo más místico y romántico; se va a buscar a Krauser; ¿por qué busca este hombre la filosofía de Krauser, por qué este misticismo y este romanticismo? Porque este misticismo, este romanticismo, armonizaba con el espíritu de la raza española. ¿Qué es lo que produce España? España produce obras morales; ahí tenéis a Cervantes; eso es lo que está en la tradición de la raza, desde Séneca. Pues bien; va a formar una filosofía en Europa que las consecuencias originales que produce son en filosofías de lo mejor de la moral aplicada. Va a Europa a tomar de ella, aquello que puede españolizar. ¿En quién se fijaría Ganivet? En los anarquistas. Digamos por adelantado que para Ganivet el símbolo del pueblo español está dado en aquel cuadro terriblemente realista en que se ve aquel español, con los brazos abiertos y en actitud amenazadora. Y dice Ganivet: ese es el gesto del español, ese gesto formidable de protesta enérgica, de vehemencia íntima; pero ese hombre que protesta, que se irrita, que blande sus brazos en esa forma trágica, querría tener una ley que no se definiese más que de esta manera: "Todo español está capacitado para hacer lo que le de [*sic]* la gana. (Aplausos). Y esta ley la lleva Ganivet en su espíritu. Se ve en él a lo lejos al Tols-

toi romántico, nihilista, anarquizante, pero lleno de espíritu cristiano. No creo que fuera católico, pero me parece que profundamente cristiano tenía el espíritu Ganivet. Y Tolstoi era eso. Schopenhauer es otro cuyas huellas se ven en él. Formidables individualistas, filósofos místicos. Esto es lo que Ganivet ve en Europa. A principios del siglo presente nos había traído una filosofía romántica y anarquizante a Europa; y, después de todo, ¿no es una filosofía de esta laya la que late en las páginas de Unamuno?

De esta suerte nosotros vemos de una manera elemental y a grandes rasgos lo que era la personalidad de Ganivet, hombre de cultura personal, enemigo del orden mediocre, moral e intelectual. Su libro sobre Pío Cid es, después de todo, la magnificación de un héroe que realiza ese ideal, eso que quería hacer Ganivet. Es obvio decir que Pío Cid que va a la conquista del reino de Maya, es Ganivet; este conquistador va allí al centro de Africa, toma como objeto de experiencia a los salvajes, pero construye su civilización maya a base de las maneras peculiares de ser de Ganivet en los últimos días.

En una revista que apareció en Madrid por 1898, y que siguió publicándose, revista en la cual se habló de todos los acontecimientos importantes de la época; allí es donde escribió un artículo Ganivet que tiene este título: "Ñá, ñá"; yo leí con ansiedad ese artículo cuyo sentido es este: "Si vosotros vais a un pueblo salvaje donde la gente tiene costumbre de comer carne cruda, vosotros debéis tomar un tasajo igual". Aquí tenéis algo muy propio y muy típico de la manera de ser de Ganivet. Yo me represento su actitud; la explico en primer lugar por lo precipitado de su cultura; después por la necesidad apremiante e imperiosa que sentía todo español de primera clase como él, de salvar de una manera rápida al país, y no se le ocurren los senderos lentos, difíciles y a larguísima fecha. El quería algo que satisficiese más rápidamente a los españoles; que pudiese tener eficacia más inmediatamente; es preciso hacer una cosa completamente distinta de la que venimos haciendo desde hace tres siglos; es preciso abrir las fronteras; es preciso que nuestras escuelas no sean como las que tenemos ahora; es preciso mandar a centenares de gentes a Europa para que traigan costumbres; Ganivet no lo con-

cebía así; porque deseaba llegar pronto a la solución; pero vemos que cambiar rápidamente no es posible; no tenía Ganivet experiencia de la vida intelectual; no había visto lo bastante de cerca las culturas europeas para concebir lo que Joaquín Costa de la evidente realidad. Costa visita la exposición de París en 1889 y dice: lo que tenemos que hacer en España es mandar gente fuera. Ganivet no lo ve así; no se lo reprocho, no se lo echo en cara; y digo esto: que para definirlo, es preciso personas que le hayan estudiado de una manera especial. Queda el valor último de Angel Ganivet: el de haber sido uno de los primeros que se plantean el problema de España; el problema de España no se lo han planteado los españoles desde tiempos de Carlos III, y en parte los de la época romántica, con Larra, pero no con la energía suficiente, y en las postrimerías del siglo XIX todos estos individuos que son Angel Ganivet, Unamuno, Joaquín Costa, y en últimos términos Azorín, Picavea, Maeztú [*sic]*, Pérez de Ayala, Inclán y Ortega y Gasset, son los hombres que han hecho posible una España que no es una gran cosa todavía, pero que quizás señale para el futuro un rumbo algo grande; y el principio de este movimiento yo lo vería señalado en esto que ocurre en el país, en lo que reflejan las ideas pedagógicas de Giner de los Ríos –andaluz, de Ronda. – Sacando como siempre a colación el punto de vista religioso, a la larga se convence todo el mundo de que la obra de Giner de los Ríos no ha podido realizarse sino edificando sobre estos hombres, que habrían tratado de sacudir la conciencia colectiva y ver rumbos nuevos por donde ha de encaminarse, pero no habría podido hacerse esa labor sin Ganivet. Y ahora he decidido fijarme exclusivamente en aquello que es cultura intelectual.

El doctor Castro habló del lugar preferente que ocupan en París y en otros importantes centros científicos muchos españoles, entre ellos algunos andaluces, consagrados a la ciencia y demostrando la capacidad científica que con frecuencia se nos niega en el extranjero, siendo esta la forma de actualizar el problema de nuestra cultura superior y a la que Ganivet consagró toda su vida abnegadamente. A continuación leyó el párrafo que transcribimos del libro de Ganivet "Idearium español".

"España tiene un interés demasiado visible para que necesite de aclaraciones, por conservar el territorio del otro lado del Estrecho alejado cuanto más mejor de la acción política de Europa, y este interés por nadie estará mejor servido que por los que actualmente lo sirven. Si nosotros nos dejásemos llevar de esos deseos tradicionales, sin contar como no contamos hoy con los medios indispensables para completar la obra del ejército y de la política, y lográsemos establecer nuestro protectorado o dominación sobe Marruecos, quizás no serviríamos más que de introductores de los famélicos comerciantes de Europa; y en tanto que estos recogían la utilidad práctica del cambio de poder, nosotros recogeríamos la odiosidad del pueblo dominado, que vería en nuestra acción la causa manifiesta de todos los ataques dirigidos contra sus sentimientos exclusivistas y por naturaleza refractarios a la civilización europea. (Aplausos). Seríamos, pues, factores inconscientes de intereses contrarios a nuestros intereses y obreros de nuestra propia ruina. La guerra de Africa es una prueba patente de que la política africana no está apoyada aún por intereses vitales de nuestra nación, sino por entusiasmos populares, vagos, indefinidos. Cuando se acomete una empresa exigida por una necesidad real de expansión, de abrir campos a las energías exuberantes de un país, la victoria militar, sean cuales fueren los obstáculos que se interpongan, deja detrás de sí más profundo rastro que el que ha dejado nuestra victoria".

Nada más, señores.

A la terminación de tan elocuentísima y jugosa disertación, el profesor Castro fue aplaudidísimo, dándose por terminado el acto.

La comisión directiva obsequió al doctor Castro, formándose con tal motivo una amenísima reunión, en la que tuvimos el placer de oír a Gloria Bayardo recitar con toda su alma para ser escuchada por el maestro, que aplaudió entusiasmadísimo el delicado arte de la alumna más sobresaliente de Alemany Villa.

En suma: una velada memorable para el Círculo Andaluz y todos los interesados en la elevación de nuestra cultura.